LAS MEDITACIONES DE UN EMPERADOR INCONSTANTE*

*Luigi Amara***

De un tiempo a esta parte se han venido publicando una serie de libros que presumen recoger los aforismos de autores que jamás estuvieron interesados en seguir los pasos de Hipócrates, Lichtenberg o Chamfort, y he ahí que Benito Juárez o Chesterton —que ni siquiera cometieron el pecado de abusar en su obra de un tono sentencioso— hoy son anunciados como autores de libros en los que el gato de los subrayados —de las citas fuera de contexto—, se hace pasar por la liebre de los aforismos. La editorial independiente Tumbona Ediciones inaugura su colección *Píldoras Amargas*, dedicada realmente al género del aforismo, con el rescate de las meditaciones del emperador más vilipendiado de México: Maximiliano de Habsburgo.

Pocos emperadores han seguido el ejemplo de Marco Aurelio de poner sobre el papel sus pensamientos y sentencias; menos aun han tenido la suerte de terminar immortalizados en un corrido norteño. Maximiliano de Habsburgo es quizá el único del que pueden decirse ambas cosas, que lejos de ser meros accidentes en su vida acaso bastarían para completar su retrato, pues denotan por un lado la amplitud de horizontes del gobernante, y por el otro recuerdan la animadversión

75

* Para más información sobre las *Máximas mínimas* de Maximiliano de Habsburgo: <http://tumbona.blogspot.com>

** Escritor.

casi unánime que el pueblo mexicano le profesó, y que lo llevaría a la muerte en el Cerro de las Campanas en 1867.

Nacido en 1832 en el Palacio de Schönbrunn, en las inmediaciones de Viena, Maximiliano fue poeta y marino, naturalista y viajero. Su atracción por el mar lo llevó a conocer el Mediterráneo y el norte de África, Centroamérica y la costa del Brasil. Como emperador de México se ocupó de la reorganización de la Academia de San Carlos, de la fundación de los Museos de Historia Natural y de Arqueología, así como de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Heredero del Iluminismo, sus intereses se dirigían hacia actividades intelectuales más que a las propiamente políticas, y a partir de sus escritos es claro que la idea de gobernar lo apasionaba más como un problema para la reflexión que como una realidad cotidiana.

La última parte de su libro *Recuerdos de mi vida* es un apéndice denominado llanamente ‘aforismos’. El libro disfraza su carácter misceláneo con la pretensión de redactar unas memorias; es tanto un diario de viaje como la bitácora de un naturalista diletante, espacio para el autoexamen así como una pormenorizada reflexión sobre el carácter de los pueblos: “En cada página –apunta en el prólogo de 1869 M. M. O. de Montellano– describe, de una manera nueva siempre, el suelo que pisa, el aire que respira, el horizonte que le rodea, la luz que le alumbra, el árbol que le da sombra y aun el insecto zumbador que arrulla sus ensueños de poeta o turba sus meditaciones de filósofo.” Las memorias comienzan con una entrada de julio de 1851 a bordo de la fragata ‘Novara’; esa misma embarcación atracaría en el puerto de Veracruz en agosto de 1867 con el fin de trasladar los restos mortales del emperador al panteón de los Capuchinos, en Viena.

Los aforismos de Maximiliano versan fundamentalmente sobre el buen gobierno, tanto de los pueblos como de la propia persona, e irónicamente despotrican una y otra vez contra el despotismo en todas sus acepciones. La asimilación de los hábitos individuales con las prácticas de las instituciones es una de sus ideas rectoras; las mujeres y la descripción de las pasiones son otros de sus temas recurrentes. Al igual que en las Meditaciones de Marco Aurelio, la evaluación del

comportamiento de los gobernantes reaparece una y otra vez, cercada por amonestaciones y consejos; pero a diferencia del emperador romano, que en la estela del estoicismo hubo de asumir su deber como líder de un pueblo y actuar en consecuencia, en Maximiliano parecen haberse impuesto la curiosidad y el espíritu del coleccionista antes que el don de mando.

La historia recuerda al emperador extranjero engañado por los conservadores de México y olvidado por los altos mandos de Europa; nosotros creemos que debería recordar también al pensador y al estilista.

Aforismos (1851-1862)

Maximiliano de Habsburgo

Cada hombre tiene su locura particular y el que no la tuviera no sabría contribuir al movimiento general del mundo.

No es bueno contemplar muy de cerca a los grandes hombres: mientras más nos aproximamos a la luz, mayor es la oscuridad de las sombras, y cuando llegamos a acostumbrarnos a aquélla, acaba por no deslumbrarnos ya.

¿Por qué se alaba de fieles a los perros? Porque se arrastran y se dejan apalear. ¡Y el hombre gusta tanto de hacer sufrir y ver arrastrarse!

En la mesa, entre personas de buena educación, tiene grandes ventajas el último lugar: se come sin ser visto y por las miradas recíprocas de los otros convidados se descubre cuáles son los bocados más grandes y mejores.

El miedo y la ambición son los motores de la rueda del mundo.

Un hombre de edad avanzada que sobrevive a los de su época —y a quien se le considera como un prodigio de longevidad y se le sostiene artificialmente— es un objeto cuya vista desagrada y aflige. Yo lo comparo al último representante de una dentadura destruida, que sobrevive a sus vecinos, que para nada sirve, que es sólo un monumento

del pasado y no se le conserva con esmero sino como una especie de *memento mori*. El anciano y el diente son las piedras miliarias que marcan el camino recorrido y anuncian que está próximo el fin de la jornada.

Existe una gran analogía entre una mujer hermosa y un niño; nos gusta hacerlos impacientar y jugar con ambos.

A los hombres grandes se les reconoce por sus enemigos: quien no los tiene, tampoco en compensación tiene amigos.

Las naciones viejas padecen la enfermedad de los recuerdos.

Los hábitos son unos puentes que permiten al tiempo marchar con rapidez y sin sacudimientos.

Siempre se teme algo peor de lo que es en realidad, porque en ello toma parte la imaginación. Aun la muerte es menos terrible de lo que se pinta.

¡Cosa extraña y que sin embargo es perfectamente lógica! A los célibes por fuerza les gusta rodearse de objetos inútiles. Los frailes y las monjas hacen flores artificiales que guardan bajo cristales sin aplicarlas a fin alguno, y fabrican frutas de cera y fruslerías que para nada sirven.

78 | Los que más ladran son los primeros y los que más adulan.

La expresión ‘muy tarde’ es el mayor enemigo del arte de gobernar y señal cierta de debilidad.

Desgraciada la mujer a quien sólo alaban las personas de su sexo: preciso es que sea fastidiosa o tonta. Una mujer en la que las otras encuentran mucho que criticar debe tener gran mérito.

A las mujeres y a los pueblos es necesario prevenirlos en sus deseos, satisfaciéndolos por sorpresa antes de que los expresen. De esta manera se les halaga sin que uno pierda su superioridad ni se abandonen las riendas del gobierno.

Después de la acusación de tontera, la mayor que puede dirigirse contra los potentados, es la de debilidad.

Los libros son el alimento del alma, pero por eso con ellos se pueden producir indigestiones morales.

Si alguno me sostiene que comprende un sistema filosófico y que se entusiasma por él, me enfada y me hace formar mala opinión de su sentido práctico y de su amor a la verdad.

Las cosas bien hechas son las que al quedar consumadas parece que llevan mucho tiempo de existir.

Tarda más el cuerpo en descomponerse, que la memoria del muerto en borrarse.

La ambición es como el aeronauta. Hasta cierto punto la ascensión es agradable y hace gozar de una vista espléndida y de un panorama inmenso. Pero cuando se sube más, sobreviene el vértigo, la vista no alcanza a ver sino brumas confusas, el aire se enrarece y crece el riesgo de dar una gran caída y de romperse la nuca.

Nada hay más chocante que una mujer muy acicalada, rezando su rosario.

Los que se llaman ateos no suprimen a Dios sino porque les incomoda y turba sus conciencias.

Humillarse y dominar son las dos ocupaciones del hombre en sociedad: ni la una ni la otra dan libertad o independencia, bienes que solamente se encuentran en la soledad, lejos de la especie humana.

¡Cuántos deben su reputación de hombres de talento a una serie de felices casualidades!

79

Carta de Victor Hugo a Benito Juárez solicitando el indulto de Maximiliano

Al presidente de la República Mexicana:

Juárez, usted ha igualado a John Brown, el abolicionista.

La América actual tiene dos héroes: John Brown y usted. John Brown debido a que murió por la esclavitud. Usted, debido a que ha hecho vivir la libertad.

Es un hecho que la suerte de todos los intentos monárquicos terminen en un aborto. Toda usurpación comienza por Puebla y termina en Querétaro.

Europa se abalanzó sobre América en 1863. Dos monarquías atacaron su democracia. Una, valiéndose de un príncipe; la otra, valiéndose de un ejército; el ejército, trayendo al príncipe. El mundo presentó entonces este espectáculo: por un lado un ejército, el más aguerrido de todos los ejércitos de Europa, teniendo por apoyo una flota tan poderosa en el mar, como él en tierra; como abastecimiento todos los dineros de Francia; reclutado continuamente, bien dirigido, victorioso en África, en Crimea, en Italia, en China, valientemente fanático por su bandera; poseyendo, con profusión, caballos, artillería, provisiones, municiones... ¡formidable! De otra parte, Juárez. De un lado dos imperios; del otro, un hombre.

Un hombre con un puñado de otros hombres. Un hombre perseguido, expulsado de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de bosque en bosque; acechado por los infames fusilamientos de consejos de guerra; acosado, errante; relegado a las cavernas, al igual que una fiera; acorralado en el desierto; puesto a precio su cabeza. Como generales, unos cuantos desesperados; como soldados, unos desarrapados. Sin dinero, sin pan, sin pólvora, sin cañones. Por ciudadelas los matorrales.

Aquí la usurpación llamada legitimidad; allá el derecho, denominado bandidaje.

La usurpación con casco de hierro y la espada imperial en la mano, adulado por los obispos, empujando por delante y arrastrando por detrás todas las legiones de la fuerza. El derecho solo y desnudo. Usted, el derecho, ha aceptado el combate. La batalla de uno contra todos duró cinco años. A falta de hombres usted tomó como proyectiles los objetos. El clima terrible lo favoreció.

Ha tenido como auxiliar a su sol; como defensores, los lagos infranqueables, los torrentes atestados de caimanes, los pantanos infestados por las fiebres, las vegetaciones morbosas, el vómito negro de las tierras calientes, las soledades salitrosas, las vastas superficies arenosas, sin agua, sin hierba, en donde mueren los caballos de hambre y de sed, el

gran valle austero del Anáhuac que se protege con su desnudez, como Castilla, los valles ondulados siempre palpitantes por el temblor de los volcanes, desde el de Colima hasta el Nevado de Toluca.

Ha llamado en su ayuda a las barreras naturales, la aridez de las cordilleras, los altos diques basálticos, las colosales rocas de pórfido. Ha hecho la guerra a gigantes, combatiendo a golpes de montaña.

Allí, un día, después de cinco años de humareda, de polvo y de ceguera, la nube se disipó, y pudieron verse los dos imperios por tierra. No más monarquía, no más ejército, únicamente la enormidad de la usurpación en ruinas, y, sobre sus escombros, un hombre sin par: Juárez. A su lado, la libertad.

Eso ha hecho usted, Juárez, y eso es grande. Lo que le falta por hacer es aún más grande.

Escuche, ciudadano presidente de la República Mexicana:

Acaba de derrocar las monarquías bajo la democracia. Les ha demostrado su potencia. Ahora, muéstreles su belleza. Después del estallido, exhiba la aurora. El cesarismo que mata, muestre al pueblo que reina y se modera. A los bárbaros, la civilización; a los déspotas, los principios.

Dé a los reyes, frente a la república, la humillación del deslumbramiento. Haga que se plieguen con la piedad.

Es principalmente por la protección a nuestro enemigo que los principios se afirman. La grandeza de los principios consiste en ignorar. Los hombres no tienen nombre frente a los principios. Los hombres son el hombre, los principios no conocen sino a ellos mismos. Dentro de su augusta estupidez sólo saben esto: LA VIDA HUMANA ES INVOLABLE. ¡Oh, venerable imparcialidad de la verdad! El Derecho sin discernimiento, preocupado únicamente por ser el derecho. ¡Qué hermoso!

Frente a los que legalmente hubiesen merecido la muerte es que importa abjurar esa vía de hechos. El más bello derrumbe del patíbulo se hace frente al culpable.

Que la violación de los principios esté protegida por un principio. Que tenga esa felicidad y esa vergüenza. Que el perseguidor del

derecho sea acogido por el derecho. Despojándolo de su falsa inviolabilidad, la inviolabilidad real, se descubre la verdadera, la inviolabilidad humana. Que quede estupefacto al ver que el lado por el cual es sagrado, es el lado por el cual no es emperador. Que ese príncipe, que ignoraba ser un hombre, sepa que hay en él una abyección: el príncipe, y una majestad: el hombre.

Nunca jamás se ha presentado tan magnífica ocasión. ¿Osarán tocar a Berezowski, que atentó contra la vida de Alejandro II, si tienen como ejemplo a Maximiliano sano y salvo? Uno trató de matar a un rey; el otro, a una nación.

Juárez, haga que la civilización dé ese paso trascendental. Juárez, es tiempo de abolir la pena de muerte en toda la faz de la Tierra.

Que el mundo contemple este hecho prodigioso: la república tiene en su poder a un asesino, su emperador. Al momento de ajusticiarlo se apercibe de que es un hombre, lo libera y le dice: Eres del pueblo como los demás. ¡Vete!

Será ésta, Juárez, su segunda victoria. La primera, vencer a la usurpación, es grandiosa; la segunda, perdonar al usurpador, será sublime.

82 | Sí, a esos reyes cuyas prisiones rebosan de detenidos, cuyos cadalsos se encuentran ensangrentados por las ejecuciones; a esos reyes de las horcas, de los destierros, de los presidios y de las Siberias; a éstos quienes tienen a Polonia, a éstos quienes tienen a Irlanda, a éstos quienes tienen La Habana, a éstos quienes tienen a Creta; a esos príncipes obedecidos por los jueces, a esos jueces obedecidos por los verdugos, a esos verdugos obedecidos por la muerte; a esos emperadores quienes con tanta facilidad mandan decapitar hombres, ¡enséñeles cómo se salva la cabeza de un emperador!

Sobre todos los códigos de donde caen gotas de sangre, decrete la ley de la luz, y que en el centro de la página más santa del libro supremo, aparezca el dedo de la república señalando esta orden de Dios: ‘no MATARÁS’.

El deber, usted lo cumplirá.

El emperador será salvado; por desgracia, ¡la liberación no pudo serlo!

Hace ocho años, el 2 de diciembre de 1859, con el derecho que a todo hombre asiste, tomé la palabra a nombre de la democracia y pedí a los Estados Unidos la vida de John Brown. No la conseguí. Ahora pido a México la vida de Maximiliano. ¿Podré obtenerla?

Sí, y quizás a esta hora ya esté hecho. Maximiliano deberá la vida a Juárez. ¿Y el castigo?, se preguntará. El castigo es éste:

“Maximiliano, vive por la gracia de la república.”

Victor Hugo